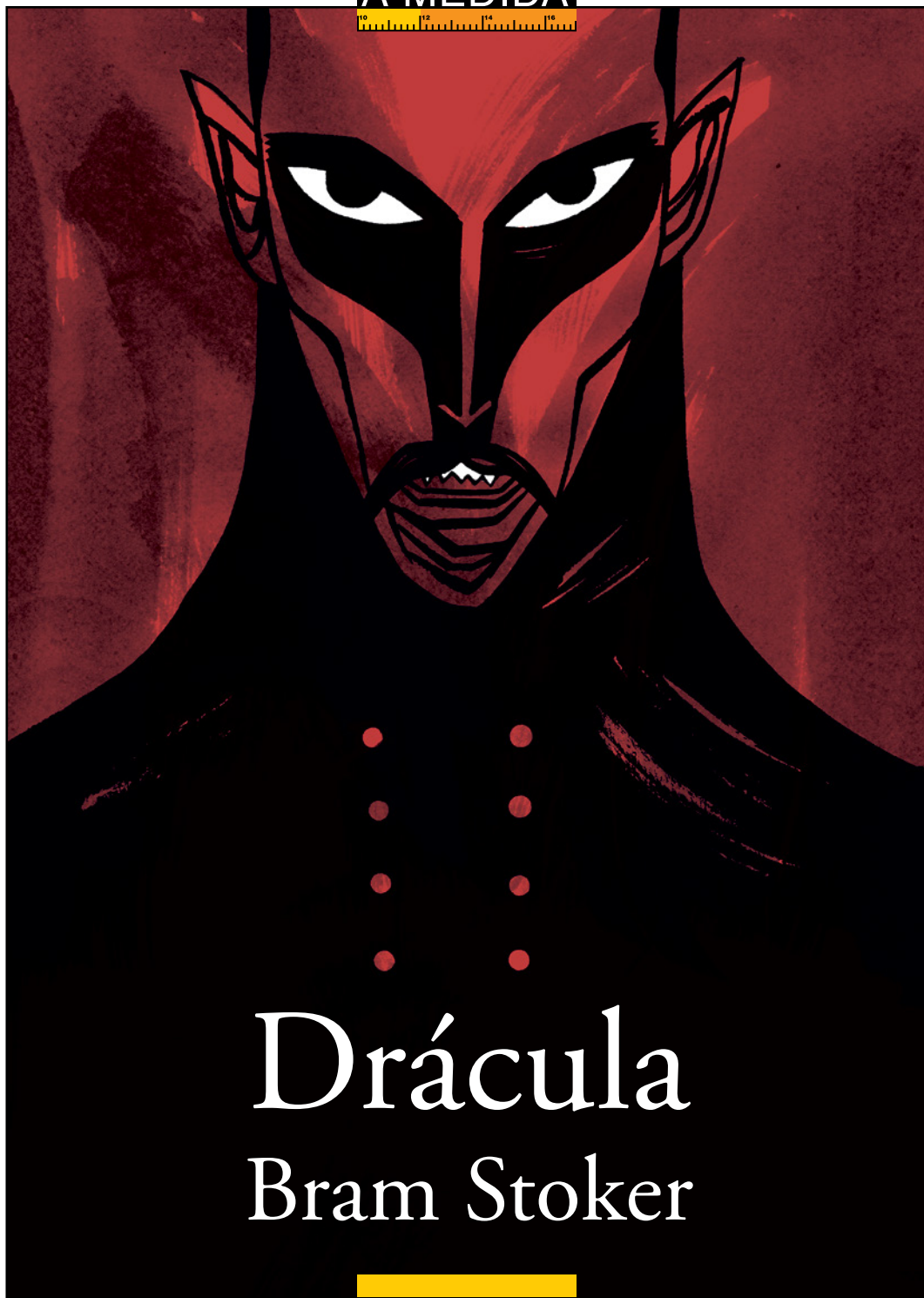


CLÁSICOS  
A MEDIDA



# Drácula

Bram Stoker

ANAYA

CLÁSICOS  
A MEDIDA

---

# Drácula

Bram Stoker

Adaptación de Vicente Muñoz Puelles  
Ilustraciones de Javier Olivares

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Drácula*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en [www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Vicente Muñoz Puelles, 2017

© De la ilustración: Javier Olivares, 2017

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, marzo 2017

ISBN: 978-84-698-3332-2

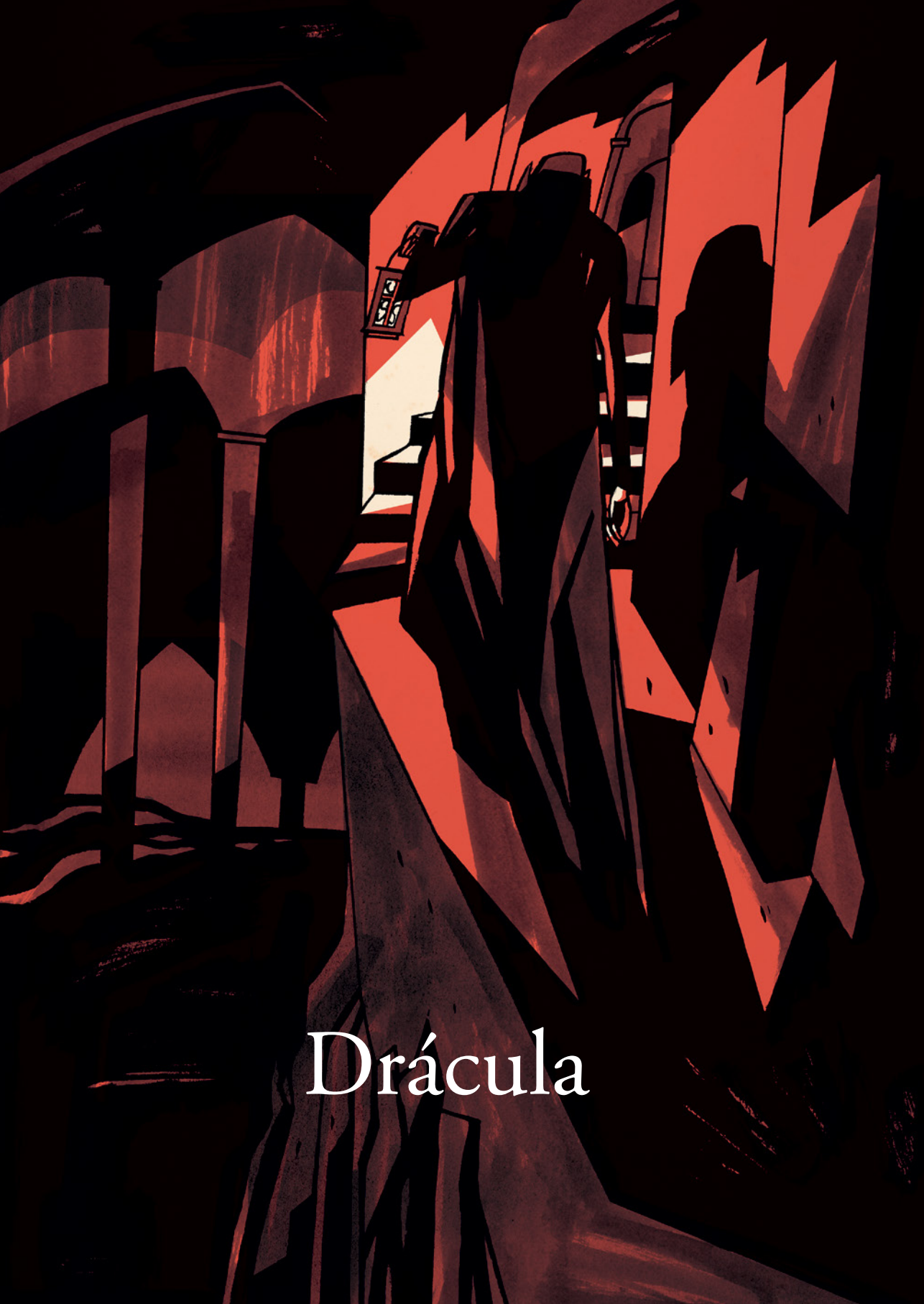
Depósito legal: M-3563-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Introducción .....	7
Capítulo I.....	21
Capítulo II.....	27
Capítulo III.....	35
Capítulo IV.....	41
Capítulo V.....	47
Capítulo VI.....	53
Capítulo VII.....	59
Capítulo VIII.....	65
Capítulo IX.....	71
Capítulo X.....	79
Capítulo XI.....	85
Capítulo XII.....	89
Capítulo XIII.....	97
Capítulo XIV.....	103
Capítulo XV.....	109
Capítulo XVI.....	115
Capítulo XVII.....	121
Capítulo XVIII.....	127
Capítulo XIX.....	133
Capítulo XX.....	137
Capítulo XXI.....	141
Capítulo XXII.....	147
Capítulo XXIII.....	151
Capítulo XXIV.....	157
Capítulo XXV.....	161
Capítulo XXVI.....	165
Capítulo XXVII.....	169
Nota .....	177
Apéndice .....	179



# Drácula

## Capítulo I



*Diario de Jonathan Harker*  
(Notas taquigráficas<sup>1</sup>)

*3 de mayo. Bistrita*<sup>2</sup>.—Salimos de Budapest con cierta puntualidad, y llegamos a Klausenburg, la capital de Transilvania<sup>3</sup>, después del anochecer. Me alojé en el hotel Royal. Cené un pollo aderezado con pimentón. Era muy bueno, pero me dio mucha sed. El camarero me dijo que, como era un plato nacional, podría tomarlo donde quisiera. Me resultaron muy útiles mis escasos conocimientos de alemán. En realidad, no sé qué sería de mí sin ellos.

En Londres, antes de partir, tuve tiempo libre para consultar, en la biblioteca del Museo Británico, libros y mapas rela-

---

<sup>1</sup> Escritas en taquigrafía: sistema de signos utilizado para escribir deprisa.

<sup>2</sup> Ciudad de Transilvania que es atravesada por el río del mismo nombre.

<sup>3</sup> Región histórica en la parte centro-noroccidental de la actual Rumanía. Está rodeada por los montes Cárpatos.

cionados con Transilvania. Creía que, a la hora de tratar con un aristócrata del lugar, me serían útiles ciertos conocimientos previos sobre el país. He descubierto que la comarca que nuestro cliente menciona se encuentra en el extremo oriental del país, en la frontera de tres Estados: Transilvania, Moldavia y Bucovina, en medio de los montes Cárpatos, una de las zonas más agrestes<sup>4</sup> y menos conocidas de Europa. No di con libro ni mapa alguno que señalase la localización exacta del castillo de Drácula, pero averigüé que Bistrita, la ciudad de posta mencionada por el conde Drácula, es un lugar bastante conocido.

Desayuné a toda prisa, porque el tren partía algo antes de las ocho, pero luego tuve que esperar más de una hora en la estación, antes de iniciar el viaje. Tengo la impresión de que, cuanto más nos adentramos en oriente, más impuntuales son los trenes.

Durante todo el día recorrimos a paso de tortuga una región repleta de bellezas. Al anochecer llegamos a Bistrita, ciudad antigua y pintoresca. El conde Drácula me había indicado que fuese al hotel Corona de Oro que, para mi gran alegría, tenía un aire de otra época. Como es lógico, me interesa conocer las costumbres del país. Era evidente que me esperaban porque, al aproximarme a la puerta, me abordó una anciana de semblante jovial.

—¿El caballero inglés? —me preguntó.

—Sí —respondí—. Soy Jonathan Harker.

Sonrió y me entregó una carta, que decía:

---

<sup>4</sup> Agreste: montañoso.

«Amigo mío:

Bienvenido a los Cárpatos. Le espero con impaciencia. Duerma bien esta noche. La diligencia partirá mañana a las tres hacia Bucovina. En ella hay un asiento reservado para usted. En el desfiladero del Borgo le esperará un carruaje que lo traerá hasta aquí. Confío en que haya tenido un feliz viaje desde Londres, y que disfrute de su estancia en mi hermosa tierra.

Su amigo,

Drácula»

*4 de mayo.*—Al preguntarle si conocía al conde Drácula y si podía decirme algo sobre su castillo, tanto el posadero como su mujer se santiguaron y, tras asegurarme que no sabían nada, se negaron a seguir hablando. Como se acercaba la hora de la partida, no pude preguntar a nadie más. Todo es muy misterioso.

Justo antes de marcharme, la anciana, que parecía cada vez más agitada, me advirtió de que estábamos en la víspera de san Jorge, y esa misma noche, a las doce, los espíritus malignos alcanzarían todo su poder. Como le dije que no creía en esas cosas, se arrodilló y me pidió que no me marchase. Le informé de que mis deberes eran urgentes y no podía quedarme.

Finalmente, con lágrimas en los ojos, me ofreció un crucifijo que llevaba en torno al cuello. Al principio no supe qué hacer, ya que, como anglicano<sup>5</sup>, me han enseñado a considerar esas cosas como supersticiones. Sin embargo, me parecía poco elegante rechazar la oferta de una anciana con tan buenas intenciones.

Escribo esta parte del diario mientras espero el coche que, por supuesto, lleva bastante retraso. El crucifijo aún pende de

---

<sup>5</sup> Miembro de la Iglesia oficial de Inglaterra que tiene su propia doctrina.



mi cuello. No sé si se debe al temor de la anciana, a las tradiciones fantasmales de esta región, o al propio crucifijo, pero no me siento ni mucho menos tan tranquilo como de costumbre. ¡Ahí llega el coche!

*5 de mayo. El castillo.*—Subí a la diligencia en compañía de otros pasajeros. El cochero aún no había ocupado el pescante, y lo vi conversar con la mesonera. Evidentemente, hablaban de mí, porque de vez en cuando me miraban con expresión de lástima.

Cuando partimos, la multitud reunida a la puerta de la posada, que había aumentado hasta adquirir proporciones considerables, se santiguó y me señaló con el dedo.

La carretera era accidentada. Sin embargo, volábamos sobre ella a velocidad febril. Yo no entendía el motivo de tanta velocidad, pero imagino que el conductor estaba empeñado en llegar cuanto antes al desfiladero del Borgo.

Las grandes masas de color gris que se derramaban sobre los árboles producían un efecto particularmente misterioso y solemne, que inundaba la mente de pensamientos y fantasías macabras. De pronto, las colinas se hicieron tan escarpadas que, pese a la prisa del conductor, los caballos solo podían remontarlas despacio.

Por ambos lados surgieron montañas cada vez más altas, que parecían cernirse sobre nosotros. Estábamos entrando en el desfiladero del Borgo.

Empecé a buscar con la mirada el medio de transporte que habría de llevarme a la casa del conde. A cada momento esperaba ver el destello de unos faros, pero todo estaba oscuro. La única luz la proporcionaban nuestras lámparas.

Me preguntaba qué podría hacer si nadie acudía a recogerme cuando los caballos se pusieron a relinchar y a corcovear

furiosamente, de modo que el conductor tuvo que sujetarlos. Una calesa<sup>6</sup> apareció detrás de nosotros, nos adelantó y se acercó a la diligencia.

Al destello de nuestras luces vi que los cuatro caballos que conducían la calesa eran negros como el carbón. Los guiaba un hombre alto con un gran sombrero negro, que ocultaba su rostro a nuestras miradas. Solo veía el fulgor de unos ojos muy brillantes, que parecieron enrojecer al volverse hacia nosotros.

—Deme el equipaje del *Herr*<sup>7</sup> —le dijo al cochero.

Con gran celeridad colocaron mis maletas en la calesa. Los demás pasajeros se santiguaron. Al ayudarme a bajar, el hombre alto me sujetó con mano de acero. Su fuerza debía ser prodigiosa.

Sacudió las riendas sin decir palabra. Los caballos negros dieron la vuelta y nos precipitamos en la oscuridad. Al mirar atrás vi el vaho que despedían los caballos de la diligencia. Experimenté un extraño escalofrío y me invadió una sensación de soledad; pero el cochero me tranquilizó un poco al informarme, en un excelente alemán, de que a mi lado había una manta que podía colocarme sobre las rodillas:

—La noche es fría, *mein Herr* —me dijo—, y mi amo el conde me ha ordenado cuidarlo. Bajo el asiento hay una petaca de coñac, por si lo necesita.

No bebí, pero me animó saber que la petaca estaba allí. El carruaje marchaba a buen paso en línea recta. Giramos y nos internamos en otra carretera igualmente recta. Como se me antojó que pasábamos una y otra vez por el mismo lugar, me fijé en un accidente del terreno, y descubrí que efectivamente así era. Me habría gustado preguntarle al conductor qué significa-

---

<sup>6</sup> *Calesa*: carruaje tirado por caballos, con taburete delantero para el conductor, cubierto por una capota, abierto por delante y resguardado parcialmente por detrás.

<sup>7</sup> *Herr*: señor en alemán.

ba todo aquello, pero pensé que, en la situación en que me encontraba, cualquier protesta habría sido inútil.

Más adelante, y como sentía curiosidad por saber cuánto tiempo había transcurrido, encendí una cerilla y miré mi reloj a la luz de la llama. Faltaban unos minutos para la medianoche.

Poco después, en la lejanía de las montañas que se elevaban a ambos lados, sonó el aullido de los lobos. Yo estuve a punto de saltar de la calesa y echar a correr, y los caballos volvieron a encabritarse y a corcovear con furia.

Seguimos nuestro camino a gran velocidad en medio de las tinieblas, con el aullido de los lobos a nuestro alrededor, cada vez más cerca, como si formaran un círculo móvil que se iba estrechando. Era todo tan extraño que me invadió un miedo pavoroso y no me atreví a hablar ni a moverme.

Debí de quedarme dormido en algún momento, porque de repente me sobresalté y caí en la cuenta de que el cochero detenía los caballos en el patio de un amplio castillo en ruinas, de cuyas altas y negras ventanas no salía ni un rayo de luz.

## Capítulo II



*Diario de Jonathan Harker*  
(Continuación)

*5 de mayo.*—La calesa se detuvo en un patio gigantesco. El cochero bajó y me tendió la mano para ayudarme a descender. Una vez más fui consciente de su fuerza prodigiosa.

Colocó mi equipaje en el suelo, mientras yo me quedaba junto a una enorme puerta. En silencio, volvió a su asiento y sacudió las riendas. Los caballos se pusieron en marcha, y la calesa desapareció de mi vista.

Permanecí callado e indeciso. No había señales de timbre o llamador alguno, y parecía improbable que mi voz atravesara aquellos muros.

Al cabo de un tiempo que se me antojó interminable, escuché la aproximación de unos pasos y atisé el resplandor de una

luz. Oí un chasquido de cadenas y el rechinar de unos cerrojos al ser descorridos. Giró una llave y la puerta quedó abierta de par en par.

Me recibió un hombre alto, de edad indefinible y pulcramente afeitado, con un bigote blanco y largo, que vestía de negro de la cabeza a los pies. En la mano llevaba una lámpara antigua, en cuyo interior parpadeaba la llama. Me animó a entrar con un gesto, al tiempo que me decía, en un inglés excelente, aunque con una rara entonación:

—¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad!

Al traspasar el umbral le tendí la mano. Me la estrechó con una fuerza que me recordó al cochero.

—¿El conde Drácula? —le dije, para asegurarme.

Hizo una reverencia cortés.

—Soy Drácula, y le doy la bienvenida a mi casa, señor Har-ker. Pase. El aire de la noche es frío, y necesitará comer y descansar.

Mientras pronunciaba estas palabras colocó la lámpara en un soporte de la pared. Insistió en llevar mi equipaje, y subimos por una gran escalera sinuosa. Al final de un pasillo, abrió de golpe una pesada puerta y me hizo pasar a una habitación amplia, con una mesa dispuesta para la cena y una chimenea encendida.

Aquella habitación tenía otra puerta, que daba acceso a una pequeña estancia octogonal, con una cama. Era la mía. Drácula dejó mi equipaje y se retiró. Me asee un poco. Al volver a la otra habitación lo encontré de pie, a un lado de la chimenea. Señaló la mesa con un gracioso ademán, y dijo:

—Le ruego que se siente y cene a su gusto. Espero que me disculpe por no acompañarlo, pero ya he comido y nunca ceno.



Le entregué la carta lacrada que me había confiado mi jefe, el señor Hawkins. La abrió y la leyó con grave expresión. A continuación, y con una sonrisa encantadora, me la tendió para que yo la leyese. Mi jefe se excusaba por no haber podido venir en persona, al encontrarse indispuesto, y me describía como un joven lleno de entusiasmo y buena disposición, que le ayudaría en cuanto necesitase.

Cuando hube terminado de cenar, y por deseo de mi anfitrión, acerqué una silla junto al fuego. Tuve entonces ocasión de observarlo. Tenía la frente amplia y abombada, y las orejas puntiagudas en el extremo superior. La boca, a juzgar por lo que podía verse bajo el bigote, mostraba una expresión fija y algo cruel, con unos dientes blancos muy afilados, cuyas puntas asomaban sobre unos labios de un rojo intenso. En conjunto, salvo por esos labios, daba una impresión de palidez extrema. Sus uñas, largas y cuidadas, parecían estar afiladas, como cuchillos.

Por la ventana asomaban las primeras luces del alba. Unos lobos aullaban allá abajo, en el valle. Los ojos del conde se iluminaron.

—Escúchelos —dijo—. Son los hijos de la noche. ¡Qué música hacen!

Al percibir una expresión de extrañeza en mi rostro, añadió:

—Ustedes, los habitantes de las ciudades, no pueden comprender los sentimientos del cazador. —Se levantó—. Pero debe estar cansado. Mañana podrá dormir cuanto desee. Yo no volveré hasta la tarde. ¡Que duerma bien!

Con una cortés inclinación de cabeza, me abrió la puerta de la habitación octogonal y pasé a mi dormitorio.





Jonathan Harker, un agente inmobiliario, viaja a Transilvania a atender los asuntos de un extraño noble rumano. El joven terminará siendo prisionero del conde Drácula y descubriendo, poco a poco, la terrible naturaleza de su captor y sus planes para extender su poder desde Londres.

Una adaptación del famoso clásico de Stoker, pero conservando todos sus matices y esa tensa atmósfera de suspense tan característica.

